**MEMORIA, NARRACIÓN E HISTORIA DEL PRESENTE**

Rafael Pérez Baquero

En las siguientes líneas elaboraré un análisis en torno a los desafíos y los rasgos de la historiografía dedicada a los eventos más representativos del pasado siglo XX. Esta lectura está ligada a una interpretación del trabajo histórico como una práctica epistémica y social vinculada necesariamente a los “marcos de memoria” al que el historiador pertenece. Nuestro análisis meta-histórico, inspirado en tesis benjaminianas, incidirá en la representación del historiador como un “vector mnémico” imprescindible en los procesos de diálogo social que, si bien respeta la especificidad epistémica de su labor, le niega su tradicional monopolio en la interpretación del pasado.

Al fin y al cabo, la historia del siglo XX no es sólo objeto de investigación, sino también de debate y litigio político. Por lo tanto, los intereses y condiciones del presente no pueden dejarse de lado a la hora de analizar los procedimientos a través de los cuales se le da sentido al pasado. La aportación e influencia de Benjamin en este contexto teórico no es soslayable. En *La historia como campo de batalla,* el historiador Enzo Traverso ofrecía una panorámica general de algunos de los debates más candentes en torno a la interpretación de varios eventos del siglo pasado por parte de diferentes historiadores. Su hilo conductor era el de sacar a la luz muchas de las tensiones subyacentes a la historiografía contemporánea, especialmente en relación a la presencia de factores socio-políticos. En su introducción mantiene:

“me parece necesario evocar la influencia subterránea pero omnipresente de Walter Benjamin. En sus escritos he hallado no tanto una respuesta a mis cuestionamientos, sino más bien una ayuda a su formulación, lo que constituye la premisa indispensable de cualquier investigación fructífera […]. No nos ha dejado un método, sino una reflexión profunda sobre los resortes y las contradicciones de un enfoque intelectual que, al tratar de pensar la historia, se obstina en no disociar el pasado del presente”[[1]](#footnote-1).

El ensayo benjaminiano *Sobre el concepto de historia* presenta una imagen de los procesos de escritura del pasado análoga a la de un campo de batalla. La crítica al historicismo positivista y a su metodología *aditiva*, la definición de ese historiador como miembro del cortejo triunfal de los vencedores, su reivindicación de la necesidad de retomar momentos del pretérito como *imágenes dialécticas* que rompan el continuo histórico… reflejan una visión de la historia cuya premisa podría ser simplificada en la siguiente tesis: no hay relectura del pasado que sea axiológicamente neutral. Es decir, no hay representación del pasado que no esté comprometida con alguno de los agentes históricos que habitan el presente desde el que se reescribe ese pasado.

Ahora bien, la obra de Walter Benjamin, pese al valor de sus intuiciones teóricas, también adolece de ciertas limitaciones. Al fin y al cabo, su división dicotómica entre vencedores y vencidos, así como la conexión directa entre el texto histórico y los factores políticos, resulta bastante reduccionista. En las páginas que siguen nos inspiraremos en algunas de las intuiciones benjaminianas. Especialmente en lo relativo a la tentativa de no disociar el pasado del presente en las investigación sobre la historiografía. Pero al mismo tiempo ofreceremos una breve exposición actualizada de los desafíos historiográficos contemporáneos. El objetivo es el de dar cuenta de la necesaria variación de las versiones del pasado a la hora de interpretar los hechos históricos, atendiendo a elementos estructurales del propio discurso, a la metodología y objetivos que se plantea todo historiador y, especialmente, a los desafíos que le ha planteado la historia del siglo XX.

La principal condición de la historia del pasado siglo es su “contemporaneidad”. Es decir, su escasa distancia temporal con el presente desde el cual la escribimos. De ahí la posibilidad de integrarla en la denominada “historia del presente”. Inspirándonos en la caracterización que ofrece María Inés Mudrovcic[[2]](#footnote-2), la definiremos como el conjunto de procesos de historiación de aquellos eventos cuyo impacto aún permanece en el recuerdo de una generación que es contemporánea al momento de su inmersión en una trama histórica. La co-existencia con testigos vivos de aquellos acontecimientos es, por tanto, el rasgo definitorio de la “historia del presente”. Es cierto que esta delimitación siempre será imprecisa, en la medida en que dependerá de la continuidad biológica de una generación, que puede ser oscilante. Así como la consistencia de los lazos conectivos entre los supervivientes y los fallecidos. Pero nos permite definir un marco temporal de en torno a los ochenta o noventa años de duración. Pese a que, según esta definición, la “historia del presente” es tan vieja como la historiografía clásica, es cierto que el interés por esta disciplina se ha visto acrecentado en la segunda mitad del siglo XX. Esta tendencia derivó, precisamente, de eventos cuyas trazas seguían vivas durante las décadas posteriores. Dieron lugar a la necesidad social de darle una explicación y contextualización. Así es como lo plantea Alicia Alted en “La historia del presente o la cuadratura del círculo”:

“Tras la barbarie que supuso la Segunda Guerra Mundial empezó a abrirse camino un nuevo ámbito que […] suponía una diferenciación con la que desde entonces se iba a considerar historia contemporánea “clásica”. Las secuelas provocadas por lo ocurrido en la Europa de entreguerras y durante los años de 1940-1945 habían conmocionado a las sociedades occidentales. Los supervivientes y los poderes públicos de los distintos países dirigieron entonces su mirada hacia los historiadores para que trataran de explicar porqué se había llegado a aquello”[[3]](#footnote-3).

**­Historia, ideología y retrospectividad**

Analizar nuestra historia del presente requiere delimitarla. Y esta delimitación implica aplicarle una mirada retrospectiva a los últimos ochenta o noventa años. Así, abarcamos un período histórico que incluye la guerra civil española, la segunda guerra mundial, el holocausto nazi, el Gulag soviético,la carrera nuclear… Un marco histórico que hace de la crisis de mitad de siglo el eje en torno al cual adquiere sentido la historia de Europa.

Ahora bien, dado que el pasado no es fijo, este recorrido hacia atrás en el eje temporal no es lo único que resulta relevante. Al contrario, es preciso analizar cómo ha evolucionado también ese presente desde el cual se ha leído la historia. Al fin y al cabo, hace escasas dos décadas acaecieron una serie de eventos que han determinado nuestra forma de entender la historia del presente. Como indica el historiador Eric Hobsbawm, el año en que cayó el muro de Berlín dio lugar a un nuevo *umbral histórico*[[4]](#footnote-4), que reconfiguraba las condiciones a través de las cuales era posible describir los eventos del pasado siglo. Esta constatación derivaba de la toma de consciencia de que algo fundamental había ocurrido durante aquellos años. El colapso de la Unión Soviética constituyó un evento que obligaba a reconfigurar las narrativas en torno a la historia del siglo XX. Existía una gran diferencia entre escribir la historia en 1985 y en 1995. Mucho mayor que la existente entre describir el mismo conjunto de eventos en 1985 y en 1975. Las reflexiones que desarrolla Hobsbawm al hilo del problema de la historia del presente casan perfectamente con estas tesis:

“Muy pocas personas negarían que una época de la historia del mundo terminó con el derrumbamiento del bloque soviético y la Unión Soviética, prescindiendo de cómo interpretemos los acontecimientos de 1989-1991. Se ha vuelto una página de la historia. El simple hecho de que sea así basta para cambiar la percepción de todos los historiadores del siglo XX que todavía viven, porque convierte un espacio de tiempo en un periodo histórico con su propia estructura y su propia coherencia o incoherencia: “el siglo corto” […] Seamos quienes seamos, no podemos por menos de ver el siglo en conjunto de manera diferente de cómo lo hubiéramos visto antes de que 1989-1991 insertara su signo de puntuación en su fluir. Sería absurdo decir que ahora podemos distanciarnos de él, como el siglo XIX, pero al menos podemos verlo en su conjunto. En una palabra, la historia del siglo XX escrita en el decenio de 1990 tiene que ser cualitativamente distinta de la que se haya escrito antes”[[5]](#footnote-5).

Un historiador que hubiera interpretado los eventos del siglo XX en el año 1988 hubiera adoptado una óptica que tendería al binarismo. En primer lugar, abordaría un período convulso de guerras mundiales, conflictos ideológicos y grandes revueltas sociales. En segundo lugar, a partir de finales de la década de 1940, un período de crecimiento del Estado de bienestar y posterior consolidación del sistema capitalista que progresó hasta adquirir magnitudes mundiales. Por lo tanto, la estructura narrativa que subyace a este planteamiento tiene una forma claramente binaria: un período de crisis y otro de recuperación y florecimiento. Ahora bien, imaginemos al mismo historiador articulando su visión retrospectiva del siglo XX, tras ese umbral histórico que constituyen las fechas 1989-1991. El esquema cambia radicalmente. No se trataba únicamente del colapso del régimen soviético. También incluía el surgimiento de graves problemas en las economías capitalistas del mundo occidental, que cuestionaban la estabilidad de los sistemas económicos alternativos a los orientales, y que dieron origen a la irrupción de las políticas neoliberales. En este sentido ya no podemos adoptar una visión binaria, sino triple. El esquema es más bien el de una edad de prosperidad entre dos períodos de crisis. Por lo tanto, aquel que escribe la historia en 1992 no tiene únicamente que añadir datos sobre la gran cantidad de eventos acaecidos en los dos años anteriores. Debe cambiar la orientación narrativa, los criterios de relevancia, el enfoque histórico…

Estos cambios de orientación teleológica también están ligados a los compromisos ideológicos y políticos que enmarcan la labor del historiador. Así, el reconocimiento de su influencia nos permite anclar los relatos históricos en las condiciones de su propio tiempo. Un ejemplo muy significativo, en este sentido, lo constituye la emergencia de una historiografía liberal tras ese *umbral histórico* que fue el año 1991. El fin del comunismo soviético vino acompañado por cambios en la propia historiografía occidental. Como consecuencia, muchos relatos históricos aparecidos tras ese evento establecían conexiones causales que atribuían, retrospectivamente, toda una carga normativa al desencadenamiento de los acontecimientos. Estas nuevas interpretaciones históricas no se limitaban a trazar las condiciones y consecuencias del desarrollo del comunismo en la historia de Occidente. También atribuían una condición de necesidad a su fracaso, cuya resolución era indispensable para el triunfo global de la democracia liberal; nuevo fin hegeliano de la historia[[6]](#footnote-6). El triunfo de la economía de mercado y de la democracia liberal tenía implicaciones para la historia del presente, a través del establecimiento de unas dicotomías históricas que difuminaban los contornos del pretérito. Además de historiadores como Richard Pippes[[7]](#footnote-7)o Martin Malia[[8]](#footnote-8),François Furet y su *El pasado de una ilusión*[[9]](#footnote-9) es el máximo representante de esta corriente[[10]](#footnote-10).

Soslayando las contradicciones y especificidades del comunismo soviético a lo largo del pasado siglo, Furet lo definirá meramente como una ideología, como una “ideocracia”. Como una mitología política que ofrecía una panacea social capaz de movilizar a varios regímenes políticos para, en virtud de ese anhelado final de la historia que servía de ideal regulativo, llevar a cabo varios de los crímenes de mayores proporciones de la historia. El establecimiento de una conexión genealógica entre la revolución francesa y la rusa justifica, desde su perspectiva, el vínculo entre revolución y terror como un a priori. Dentro de este esquema, al igual que en el caso de Nolte[[11]](#footnote-11), las diferencias entre el comunismo y el fascismo tienden a desdibujarse.

“la única manera de encarar el estudio de las dos analogías y los dos movimientos políticos inéditos que aparecen a comienzos de nuestro siglo, el comunismo marxista-leninista y el fascismo, en su doble forma italiana y alemana, consiste en analizarlos *juntos*, como las dos caras de una crisis aguda de la democracia liberal acaecida con la guerra 1914-1918. Es una vieja realidad de la cultura política europea esta crítica de la abstracción democrática moderna en nombre de la vieja sociedad “orgánica” a la derecha, y la “futura” sociedad socialista, a la izquierda”[[12]](#footnote-12).

El comunismo pierde su condición de teoría económica, social, filosófica… para quedar reducido a una ideología revolucionaria y totalitaria. De la misma manera, el potencial revolucionario y emancipatorio de aquellos movimientos también es soslayado. Ya que identifica toda revolución con el terror. Todo el proyecto comunista se representa como una antesala del autoritarismo y el genocidio. Esta lectura de los eventos nos lleva a interpretar la evolución de los acontecimientos del siglo XX bajo una polarización de fuerzas políticas en dos bloques. Por un lado, aquellos que priman la mitología política, ya sea en la forma del Volk o la sociedad sin clases. Por el otro, aquellos que priman los derechos individuales sobre las ideologías colectivas.

Lo que queremos resaltar es precisamente que esta interpretación de la historia sólo puede surgir a partir del horizonte histórico posterior a la victoria de Occidente en la Guerra Fría y el ocaso del comunismo. Sólo desde un presente en el que ningún cambio político parece tener la potencialidad de afectar de lleno al orden social y político de la economía de mercado y la democracia liberal, puede interpretarse toda revolución del pasado como el antecedente causal de un crimen colectivo en nombre de una ideología política. Sólo desde el final de este “corto siglo XX” es posible proyectar una mirada que reduzca la experiencia histórica de la revolución soviética – con todas sus ambivalencias, discontinuidades, heterogeneidades – a un campo de ruinas que la empariente con el fascismo.

Por lo tanto, la articulación de esta historia del presente no sólo es un índice de la importancia de un contexto histórico en el que parece haberse consumado el triunfo global de la democracia liberal. También requiere de un enfoque ideológico ante las consecuencias sociales y políticas de dicho proceso histórico. No es de extrañar que historiadores como François Furet, ErsntNolte, Richard Pippes… hayan sido calificados con el epíteto “conservadores”. De hecho, estas lecturas dicotómicas han sido cuestionadas por historiadores[[13]](#footnote-13) que se consideran ideológicamente vinculados a aquellos proyectos políticos revolucionarios fracasados y pervertidos a lo largo del siglo XX. No nos referimos únicamente a Eric Hobsbawm[[14]](#footnote-14), también podemos incluir a Enzo Traverso, Daniel Bensaid[[15]](#footnote-15) o Domenico Losurdo[[16]](#footnote-16). Algunos de ellos han protagonizado uno de los debates más interesantes en relación a la interpretación de la historia del presente. En oposición constante a la historiografía liberal, han intentado rescatar el elemento revolucionario y anti-fascista de aquellos movimientos políticos frente a la dicotomía “barbarie o democracia liberal” a la que los habían constreñido los anteriores análisis históricos. Por ello, originaron un conflicto hermenéutico que no tiene que ver únicamente con el pasado, sino también con el presente. La elaboración de otras hipótesis sobre el origen de la violencia y de otras valoraciones de los hechos, se tradujo en una interpretación de la “revolución” como una práctica política con un enorme potencial emancipador que no conduce necesariamente al totalitarismo. Al contrario, puede poner en cuestión la hegemonía del sistema económico y político liberal, y sacar a la luz una serie de fenómenos silenciados que constituyen su lado más oscuro.

El objetivo de presentar este debate no es el de ofrecer una resolución que certifique el final de esta *batalla por la historia*. Más bien es el de reseñar un ejemplo de las dinámicas entre pasado y presente en la historiografía de finales de siglo. Así, dada esta ligazón interna entre pasado y presente, vamos a tratar de desarrollar una serie de características de la historia del pasado siglo, que se definen por afectar profundamente al contexto en el que trabaja el historiador. Hemos seleccionado aquellos factores que consideramos más relevantes en este contexto, en la medida en que se constituyen como los desafíos propios de nuestra historia del presente, leída desde una óptica post 1989-1991.

**Los acontecimientos modernistas**

Este siglo XX ha sido caracterizado por el uso, tanto espontáneo como sistemático, de la violencia indiscriminada: dos guerras mundiales, guerras civiles como la española, revueltas sociales, deportaciones, genocidios, nuevas armas de destrucción masiva…Son acontecimientos en los que la puesta en práctica de medidas de exterminio da lugar a auténticas industrias de la muerte. El valor heurístico de estos fenómenos deriva del hecho de que se caracterizan por suponer una ruptura en las memorias colectivas de los grupos que habitan ese espacio histórico, y por transgredir los límites tradicionales de representación. Son precisamente estos efectos los que producen lo que Benjamin denominó la “destrucción de la experiencia”[[17]](#footnote-17).

Eran acontecimientos tan terribles que se volvieron *indecibles* para sus testigos y víctimas. Su impacto, tanto en los individuos como en los colectivos, explicita el denominado *trastocamiento de la temporalidad* que permite definirlos como *traumas colectivos*. Son sucesos cuyo recuerdo imposible se articula a través de la figura de un *pasado que no pasa* y que, por ello, no deja de pasar. El propio Benjamin conceptualiza las implicaciones de este tipo de eventos a través de la noción de “mónada”.

Recuperar en este contexto categorías benjaminianas no deja de ser paradójico. Al fin y al cabo, su fallecimiento le dejó a las puertas de un período que constituye nuestra historia del presente. No obstante, la lucidez de Benjamin le ha llevado a ser considerado como un “avisador de incendios[[18]](#footnote-18)”. Dicha etiqueta deriva de que fue capaz de anticipar el grado de barbarie que iba a acaecer en las siguientes décadas. O de leer su propio presente como cargado de aquella posibilidad. La potencialidad de su crítica a la modernidad en relación a nuestro presente explica que su noción de evento monádico tenga una aplicación a la hora de leer algunos eventos que fueron posteriores a la muerte de Benjamin. “Cuando el pensar se para, de repente, en una particular constelación que se halla saturada de tensiones, le produce un *shock* mediante el cual se cristaliza como mónada”[[19]](#footnote-19). Desde su punto de vista, “el acontecimiento monádico” era aquel evento que permitía reflejar, en sentido cognitivo y ético-político, una totalidad histórica. Ya que estos eventos constituían el desenlace de las tendencias inherentes a su contexto social. Son, por lo tanto, microcosmos de su contexto histórico.

Esta caracterización benjaminiana permite que la noción de acontecimiento monádico abarque buena cantidad de fenómenos singulares del pasado siglo: el exterminio de armenios por el imperio turco a principios de siglo, diversos genocidios en Europa del Este, el apartheid de los negros en Sudáfrica… Aunque el evento principal, protagonista en la bibliografía sobre el tema – hasta el punto de ostentar prácticamente el monopolio en las referencias – es el holocausto nazi. El genocidio de los judíos por parte de los nazis ha llegado a considerarse el mayor crimen de la historia de la humanidad[[20]](#footnote-20), el epicentro en función del cual interpretamos y comparamos el resto de usos de la violencia.

Es justamente su condición de “epicentro” y el desdibujamiento que provoca entre la historia y la ética, el rasgo que lo emparenta con el “acontecimiento modernista”. A partir del bagaje simbólico que acompaña a la recepción de estos eventos, es posible explicar la distancia existente entre este tipo de hechos y las narrativas tradicionales. Es, por tanto, el lugar donde se explicita su desafío a la “historia del presente”. Así definía el acontecimiento modernista Hayden White:

“el siglo XX está marcado por la ocurrencia de ciertos acontecimientos “holocáusticos” […] que presentan poca similitud con aquellos que los anteriores historiadores tomaron convencionalmente como sus objetos de estudio y, por tanto, no se prestan a lacomprensión por medio de las técnicas de sentido común utilizadas en la investigación histórica convencional, ni tampoco a representación por las técnicas de escritura típicamente favorecidas por los historiadores desde Heródoto hasta Arthur Schlesinger. Tampoco cualquiera de las diversas variedades de análisis cuantitativo, del tipo practicado en las ciencias sociales, captura la novedad de tales acontecimientos. […] no se prestan a explicación en términos de las categorías suscritas por la historiografía humanista tradicional, que exhibe la actividad de los agentes humanos como si éstos fuesen de algún modo completamente conscientes de sus acciones, y como si fuesen moralmente responsables de ellas”[[21]](#footnote-21).

¿En qué sentido estos acontecimientos no se dejan explicar o integrar por los mecanismos de la historiografía tradicional? Cuando hablamos de discursos históricos tradicionales, debemos aludir a una posibilidad doble de interpretación respecto a qué es explicar o representar los hechos. Este binomio es una herencia de las dos tradiciones de epistemología en torno a las cuales ha pivotado el debate sobre las condiciones del conocimiento histórico: el modelo positivista que remite a la explicación causal por leyes y el historicista que remite a la comprensión empática del historiador con los agentesintencionales involucrados en los eventos. Es desde ambos parámetros desde los que se presentan dificultades a la hora de concederle un significado unitario a esta serie de eventos.

El motivo en base al cual podemos defender que la explicación causal por leyes no permite integrar a esta serie de fenómenos es que, en sentido estricto, las leyes no agotan los fenómenos. No se puede dar cuenta de por qué ocurrió el Holocausto, no se puede integrar a la Shoah en una narrativa, aludiendo a factores sociales, económicos, políticos reducibles a partir de leyes universales. Hay un plus significativo que el modelo nomológico no puede abarcar, pero que es esencial tanto para dar cuenta del fenómeno mismo, como para analizar la forma en que ha sido recibido en su época[[22]](#footnote-22).

En cuanto a la dificultad del modelo de comprensión empática, White recupera las tesis de Christopher R. Browning para dar cuenta de la resistencia a la misma en el contexto post-holocausto. Recuperemos la cita central de uno de sus ensayos:

“¿Puede todavía escribirse la historia de aquellos hombres? No sólo la historia social, organizativa e institucional de las unidades a las que ellos pertenecían. Y no sólo la historia ideológica y de la toma de decisiones de las políticas que llevaron a cabo. ¿Se puede recuperar la historia experiencial de estos asesinos, las elecciones que afrontaron, las emociones que sintieron, los mecanismos que usaron para afrontar las cosas, los cambios que sufrieron?”[[23]](#footnote-23).

La respuesta de Browning es unívoca. La naturaleza de los eventos trae consigo un obstáculo al esfuerzo del historiador a la hora de intentar reconstruir la perspectiva de los verdugos. No se pueden, por tanto, exponer los hechos desde una perspectiva completamente transparente para el lector. Ya que la actividad de varios agentes históricos está caracterizada por la aparente opacidad frente a los esfuerzos empáticos del historiador.

Ahora bien, esta constatación de las dificultades a la hora de representar el Holocausto deriva en el énfasis acerca de la imposibilidad de integrar el fenómeno en una narrativa, en un contexto histórico condicionado por las secuelas de ese trauma. El relato debería otorgar a los fenómenos un sentido, producto de su relación con el “inicio”, “desarrollo” y “desenlace”. Es éste último punto el que cargaría de un elemento de teleología y redención a cada uno de los eventos.

Al fin y al cabo, la noción de “mal absoluto”, vinculada retrospectivamente a estos eventos históricos, es incompatible con la aplicación de una narrativa. La construcción de un relato tradicional sobre el Holocausto implicaría, en primer lugar, una normalización de los eventos, al adecuarlos a un esquema de comprensión tradicional. En segundo lugar, una “humanización” de los verdugos. Establecería unos postulados que permitirían la empatía con los mismos, pese a que el propio contexto social y cultural presente una resistencia imaginativa a este proceso. La propia operatividad de esta resistencia imaginativa en contextos postraumáticos es un reflejo de la ya citada injerencia de factores ético-políticos en los procesos de escritura de la historia. Como resume James E. Young, “es posible que la propia noción de «memoria profunda» y su incompatibilidad con la narrativa constituya uno de los desafíos fundamentales de la historiografía del Holocausto”.[[24]](#footnote-24)

**La fragmentación de los grandes relatos**

Tanto Hayden White como Hans Kellner[[25]](#footnote-25) han defendido que el Holocausto, como fenómeno histórico, ha sido una condición necesaria del desarrollo de la historiografía postmoderna. Esta última fue interpretada como un efecto y certificación de la denominada “crisis de los grandes relatos”; figura que se ha convertido en el *leitmotiv* de la interpretación de la historia contemporánea de Occidente. La “crisis de los grandes relatos” y de su potencial legitimador constituye un auténtico *topos* de nuestro tiempo. Por este motivo, su influencia en la representación del pasado afectará profundamente a la idiosincrasia de la “historia del presente”. Convertido en el síntoma más explícito del supuesto “fin de la modernidad”, el proceso de dispersión de los grandes relatos corre paralelo a la fragmentación de los grandes saberes. Como defiende Lyotard en su clásico *La condición postmoderna*[[26]](#footnote-26), la ausencia de un centro epistemológico, de un bloque monolítico, en el que asienten sus raíces las diferentes ramas del saber y los criterios de actuación, es la nota característica de nuestro tiempo. Por tanto, de lo que se trata es de dar cuenta de cuáles han sido las causas, históricas y metahistóricas, de este fenómeno y cómo han afectado a las áreas del saber dedicadas al conocimiento histórico. En este sentido, los grandes relatos, en tanto formas de representación hegemónicas del pasado, se definían a partir de tres características cuya falta de operatividad en nuestro presente condiciona, entre otros ámbitos, la labor historiográfica[[27]](#footnote-27).

Los rasgos que determinan su idiosincrasia son la universalidad, la potencialidad para proporcionar una explicación totalizadora del pasado y la teleología a través de la cual se articulan sus relatos. Estas funciones están entrelazadas entre sí. La universalidad permite subsumir las historias de los pueblos particulares en un relato que abarca a toda la humanidad. Su proyección totalizadora explica y justifica el sufrimiento en la historia. Finalmente, la teleología ofrece un punto final al relato en el cual, en un hipotético futuro, todas las tendencias subyacentes a la historia adquirirán su desenlace. Los grandes relatos se configuran siempre desde una estructura narrativa que prefigura los significados de los eventos. Es precisamente esta estructura teleológica la que permite la organización de los eventos en torno a tres ejes: “inicio”, “desarrollo” y “desenlace”. Este último punto es el foco que dota de significado a todos los eventos históricos. Aquellos se presentan como “vísperas del desenlace”, lo que constituye su justificación prospectiva, en tanto elementos necesarios para el cumplimiento de ese*telos*. Además, es precisamente este *fin de la historia* el que sirve de eje para introducir los hechos históricos en el relato; aquellos son merecedores de participar en el mismo en la medida en que contribuyen a su consumación. La narrativa totalizadora determina qué acontecimientos tienen valor histórico.

La conexión teleológica entre desarrollo y desenlace, en el relato histórico, tiene su paralelismo, en la propia historia, en el vínculo entre pasado y presente. La mirada retrospectiva al pasado desde el presente atribuye al estado de cosas actual tanto una explicación, como una legitimidad. La inteligibilidad teleológica de la agrupación narrativa permite el paso del “así fue como ocurrió” – y no de otra manera – al “así fue como debió ocurrir” – y no de otra manera.

Ahora bien, este potencial práctico de la narrativa precisa de un requisito: el desconocimiento respecto a la redistribución de significados figurativos que ella misma implica. La ignorancia respecto a su establecimiento de jerarquías. Requiere de la “ilusión objetivista” que vuelve transparente a la estructura narrativa. O lo que es lo mismo, como defiende Hayden White, de la “creencia en que los hechos narrados hablan por sí mismos”[[28]](#footnote-28), no porque les hagan hablar las tramas narrativas de quienes escriben la historia.

Esta ilusión dejó de ser operativa por la propia crisis de la noción de progreso como forma de interpretación y justificación del desencadenamiento de los eventos. El esquema histórico que ha acompañado y legitimado a la ideología progresista se sostenía sobre un horizonte de futuro utópico; fuente legitimadora de las acciones históricas que eran necesarias para alcanzar ese fin. Ese fin utópico tiene su paralelismo en la figura del “desenlace” en el texto narrativo. Por tanto, el presente histórico que aún no ha alcanzado su cumplimiento en la utopía, se interpretaría como la víspera del desenlace, que debería estar subordinado a su cumplimiento. En este sentido, en términos ético-políticos, la producción de víctimas en el presente estaría legitimada en base al futuro que sólo se puede construir sobre sus cadáveres. Como destacaba White[[29]](#footnote-29), hay una férrea conexión entre la ley, la sociedad y la narrativa. El fin de la historia dota de sentido y significado a estas prácticas políticas. Fue justamente el Holocausto, y su recepción por parte de la cultura y la filosofía europeas, el que inhabilitó el mantenimiento de ese esquema. La narrativa que acompañaba al progreso moderno no podía integrar el crimen sistemático de más de cinco millones de personas, no podía darle sentido y significado desde un desenlace a posteriori.

La ruptura de un esquema narrativo que había predominado durante la primera mitad del siglo XX no sólo es una prueba de su incapacidad para dar cuenta de las nuevas experiencias históricas. También da cuenta del carácter artificial de aquel modelo de comprensión histórica. Si el esquema progresista de la historia deja de ser funcional o legítimo, se abre la posibilidad de articular formas diferentes de representación.

En este sentido son muy representativas las ideas que defiende Frank Ankersmit en su ensayo “Historiografía y postmodernismo”. En este ensayo da cuenta de la sobreproducción historiográfica de los últimos años, que parece desafiar la presencia de un canon imperante. Ya que revela la posibilidad de articular una pluralidad de perspectivas posibles sobre un mismo conjunto de eventos. Una situación que no deja de constituir un síntoma respecto a la pluralidad de narrativas desde las que el presente puede leer el pasado. Así lo indica:

“El escrito históricointegralista genera una enumeración más que una integración […] La pregunta crucial ahora es qué actitud debemos tomar respecto de esta sobreproducción de literatura histórica que se disemina como un cáncer en todas las áreas. Una nostalgia reaccionaria del pulcro mundo histórico de hace cincuenta años es una resignación sin sentido y desesperanzada […] lo que sí ayuda y tiene sentido es definir un vínculo nuevo y distinto con el pasado con base en un reconocimiento completo y honesto de la posición en la que ahora nos vemos a nosotros mismos como historiadores”[[30]](#footnote-30)

La doble crítica – histórica y metahistórica – de la noción de narrativa y de la posibilidad de los grandes relatos, trae consigo la pérdida de su condición de dispensador de valor histórico a los elementos que integra en su estructura. Es decir, los documentos clásicos del historiador ya no tienen valor histórico en la medida en que sean transmitidos y representados en base al formato de la narrativa. Al contrario, ahora adquieren valor por sí mismos. Prueba de ello es el giro biográfico producido en la historiografía del pasado siglo, a partir de la década de los sesenta. Alejandro Baer describe la conexión entre estos dos procesos:

“La irrupción – o retorno – de la perspectiva biográfica, tanto en la investigación social e histórica como en diferentes ámbitos socioculturales (literatura, periodismo, medios audiovisuales, etc.), no se puede desligar de la “crisis de representación” [...] En términos generales, el giro hacia lo autobiográfico en sus múltiples manifestaciones contemporáneas refleja la quiebra de los (grandes) relatos de legitimación histórica y cultural y la búsqueda de nuevas formas de discurso, como la narración personal, acordes con las nuevas socialidades fragmentadas, la cultura de los medios y los traumáticos acontecimientos históricos del siglo XX”[[31]](#footnote-31).

**La era del testigo**

Como reza el título de la famosa obra de Annete Wieviorka, la historia del pasado siglo fue “la era del testigo”. Dicha obra parte de una constatación historiográfica: la explosión testimonial del pasado siglo fue una derivación del interés historiográfico en el fenómeno del Holocausto. Al fin y al cabo, esta tendencia sólo se manifestó tras el famoso juicio a Eichmann en 1961.

El “advenimiento” de la figura del testigo en las décadas posteriores al Holocausto dio lugar a una situación inusual para el historiador. No únicamente por una cuestión cuantitativa; entre 1944 y 1948 se recogieron un total de 7.300 testimonios sobre aquel fenómeno. El principal problema radicaba en que la figura del testigo mostraba una visión de sus vivencias biográficas tan personal, tan parcial y tan impregnada de un trasfondo ético, que resultaba imposible integrar en una única narrativa la pluralidad de perspectivas existentes, sin generalizar y abstraer buena parte del contenido semántico que forma parte de la propia representación testimonial. Saquemos las consecuencias de la siguiente idea que plantea Wieviorka:

“El testigo es el portador de una experiencia que, pese a ser única, no versa únicamente sobre sí misma, sino sobre la situación testimonial en la que se lleva a cabo. Debe reconocerse que, en un sentido, la *Shoah* revolucionó el testimonio. Lo transformó en algo que está más allá de la historia de los historiadores, en un trabajo de arte”[[32]](#footnote-32).

La representación de los hechos que aporta el testigo es tan íntima que se resiste a ser totalizada en una representación histórica objetiva. En este sentido parece contener un potencial que trasciende las barreras de la disciplina historiográfica. No es de extrañar que algunos testimonios hayan encontrado un mejor espacio de expresión en la literatura que en la historia. Pese a que, histórica y etimológicamente, el testigo de los eventos haya encontrado su espacio de expresión en la historiografía, la literatura resultaba más óptima para que el testimonio cumpliera una de las funciones básicas que adquirió a lo largo del siglo XX: la función de evocación moral. Tras el juicio de Eichmann, esta figura se colocó en el centro de atención mediática con el objetivo de dar una lección moral al mundo. Esa función performativa, esa radical singularidad del testigo, no se puede integrar en el esquema reconciliador y unidireccional de la narrativa. Si de algo dio cuenta el Holocausto, es que cada una de sus perspectivas singulares era irreductiblemente única. Evidentemente, la denominada “explosión testimonial” no afecta únicamente al plano de la teleología, “el sentido de un final” del relato histórico. También interfiere con la idiosincrasia de los agentes históricos.

Tradicionalmente la historiografía ha estado caracterizada por girar en torno a un grupo determinado de agentes históricos, considerados los más poderosos de su tiempo. La historia antigua giraba en torno a figuras como César, Cleopatra… La del pasado siglo giró en torno a figuras como Hitler, Stalin… La historia se individualiza en referencia a personajes concretos. De forma que se les atribuye un enorme poder causal en la historia. Es muy significativa la interpretación de Lowhy[[33]](#footnote-33), siguiendo las tesis benjaminianas, de acuerdo con la cual esta prioridad de los agentes históricos deriva del carácter ancillar de la historiografía respecto al orden social y político desde el que se interpretan, retrospectivamente, los eventos. La focalización de la narración del pasado en torno a estas figuras se ha traducido en la interpretación de la historia global como historia política. Se narraban los grandes eventos históricos como productos de la interrelación entre la acción intencional de agentes históricos concretos. Este enfoque narrativo fue objeto de varias críticas a lo largo del siglo XX. Entre ellas adquiere especial relevancia aquella que esgrimía la denominada Escuela de los *Annales*. Algunos historiadores como Fernand Braudel[[34]](#footnote-34) o Marc Bloch[[35]](#footnote-35) denunciaron que ese modelo de presentación histórica, al haber pivotado sobre decisiones o acciones individuales, ha transfigurado la imagen del pasado y ha imposibilitado la conversión de la historia en un discurso científico. Como plantea Siegfried Kracauer con una metáfora: “Un imán recolecta las partículas de hierro dispersas entre una multitud de materiales […] el comportamiento del grupo es más rígido y más calculable que el comportamiento individual”[[36]](#footnote-36). Hacer de la historia una ciencia requiere de la utilización de técnicas cuantitativas propias de otras ciencias sociales. Esta modificación altera la condición de los agentes históricos: pasan de ser grandes figuras con nombres y apellidos a un conjunto de fuerzas impersonales, de estructuras estables y de largo alcance, de naturaleza económica, social, demográfica... Los agentes históricos serían meros productos de aquellos conjuntos de fuerzas anónimas.

Ahora bien, frente a la vigencia de la antigua historia narrativa y su sustitución por la moderna historia serial anti-narrativa, a partir de los años sesenta, paralelamente al desarrollo de la historia oral, surge un nuevo tipo de escritura histórica que cuestiona la dicotomía derivada de la contraposición entre los dos anteriores modelos: una historiografía narrativa centrada en las grandes figuras de la historia y una historiografía anti-narrativa carente de referencias a personajes históricos. Me refiero al surgimiento de la micro-historia: un modelo de escritura histórica que refleja la pluralidad de narrativas y perspectivas que se deben articular para abarcar la variedad de experiencias históricas. Este modelo surge de las ruinas de los grandes relatos, a partir del fuelle que proporciona la “explosión testimonial”. Abarcan unas perspectivas muy heterogéneas, en ningún caso reductibles a la óptica de un relato a mayor escala.

El término “micro-historia” tiene su origen en la obra de George R. Steward *Pickettscharge*[[37]](#footnote-37). Se refiere a un método de investigación y escritura histórica que, sin dejar de suponer una subversión respecto a la historiografía tradicional, no abandona la narrativa. Desde la perspectiva de estos historiadores, la historia centrada en los grandes sujetos es profundamente sesgada. Ya que estudia el comportamiento de los colectivos como derivado de las acciones y decisiones de un conjunto de individuos que están situados en esferas sociales de poder. En este sentido, la micro-historia se presenta como una reivindicación de la historia menor, de las figuras populares, de las clases que carecen de poder directo en la toma de decisiones, pero que tienen un mayor peso demográfico. Ahora bien, este enfoque no les lleva a identificarse con el proyecto de la macro-historia impersonal de los *Annales*. Ya que sus modelos de investigación no son en absoluto cuantitativos. No hacen uso de la estadística para abarcar las costumbres de los colectivos históricos, convirtiendo a los sujetos históricos en meras funciones por las que transitan una serie de tendencias anónimas. Al contrario, la micro-historia describe a individuos concretos con nombres y apellidos, construye relatos sobre la biografía de este tipo de sujetos. Este es el motivo por el que Braudel la identificó con la historiografía tradicional. El historiador francés la consideró como un modelo de investigación y escritura en el que la historia es producto de la acción intencional de sujetos concretos.

Pero este esquema no se adapta al modelo de investigación de la micro-historia. En primer lugar, el valor de los sujetos históricos estudiados no deriva de su potencial para orientar la acción de los colectivos, sino de su condición de síntoma respecto a aquellos. De ahí que los relatos redactados sobre los mismos describan la vida, no de un personaje con un estatus excepcional dentro del cuerpo social, sino de un miembro de las clases populares. Como defiende Carlo Ginzburg en su ensayo “Microhistoria: Dos o tres cosas que sé de ella”[[38]](#footnote-38), de lo que se trata es de transformar en un libro lo que, en una obra tradicional, hubiera sido una nota a pie de página. Se trata de describir la vivencia de un individuo corriente para, en base a ella, reconstruir su mundo social y moral. Al fin y al cabo, los sujetos históricos de las clases populares no son únicamente documentos para los historiadores, también son ejemplares de su contexto.

En este sentido, la micro-historia parte de la premisa según la cual, dada la pluralidad de perspectivas posibles sobre el pasado, la mejor forma de acceder al conocimiento del mismo es a través de fenómenos que constituyan indicios o síntomas de situaciones históricas más generales. Como defiende Giovanni Levi[[39]](#footnote-39), de lo que se trata es de evitar sacrificar el saber sobre los eventos individuales en aras de generalizaciones y abstracciones históricas. Al fin y al cabo, si queremos dar sentido a las vivencias de un individuo –a la vida del molinero que centra *El queso y los gusanos[[40]](#footnote-40)*de Ginzburg–deberemos reconstruir la cultura de la que participan todas aquellas personas que intervienen en su modo de vida. Por tanto, se trata de relatar la biografía de un individuo totalmente corriente y convencional, para convertirlo en un microcosmos que refleja la cultura popular de su época; manteniendo una referencia a sus rasgos individuales, no reductibles a los grandes relatos tradicionales. Y por tanto, respetando la pluralidad de las diferentes experiencias de todas las capas sociales y los grupos históricos. En este sentido, conforma una representación del pasado plenamente consciente de su propia relatividad y parcialidad.

Los metarrelatos dan paso a las biografías de los miembros de las clases populares. Las microhistorias están construidas a partir de nuevas identidades carentes del impulso totalizador que ha dirigido buena parte de la narrativa tradicional. El desarrollo de esta corriente historiográfica da cuenta de la imposibilidad de poder seguir aplicando aquella premisa que estaba detrás de los “grandes relatos”: la constatación de que todos los datos históricos particulares sólo tienen valor de representación histórica al formar parte de una narrativa a mayor escala.

**Conclusiones. Escribir un pasado-presente: Entre el historiador y el juez**

La contemporaneidad con el pasado que el historiador intenta tramar, la radical singularidad del testimonio, el carácter traumático de muchos de los eventos que es preciso historiar, traen consigo una implicación en la historia del presente que sintetiza nuestras reflexiones: la injerencia de factores ético-políticos en la historia no es una excepción, opera sistemáticamente como regla. Constatamos, como hemos indicado anteriormente, que es una condición de la historia del presente la permeabilidad de la frontera entre la escritura de la historia y los factores ético-políticos del contexto en el que el historiador trabaja. En las siguientes líneas intentaremos llamar la atención sobre dicha permeabilidad, analizando las relaciones existentes entre el historiador y el juez. Haremos énfasis, para explicitar sus dinámicas, en las relaciones entre el historiador de los acontecimientos extremos y el juez de los “crímenes contra la humanidad”. Por tanto, tomamos a la figura del juez, en su comparación con el historiador, como filtro a través del cual interpretamos la influencia de factores ético-políticos en la historiografía. Para introducir estos temas vamos a partir de la siguiente idea que plantea Carlo Ginzburg en “Revisar la evidencia: el juez y el historiador”:

“La palabra *evidencia,* al igual que *pista* o *prueba*, es crucial para el historiador y el juez. Esta afinidad encierra coincidencias y diferencias que se dan por supuestas desde hace tiempo. Ciertos cambios recientes en el quehacer del historiador arrojan nueva luz sobre este tema”[[41]](#footnote-41).

Ginzburg defiende la existenciade una relación cercana entre el juez y el historiador desde la Antigüedad; relación que se ha estrechado en nuestra historia del presente. El sujeto del presente – y sus circunstancias y necesidades – sirven de polo intencional que guía el desarrollo del relato histórico. También hay ciertas similitudes en la metodología. Ambos parten de datos que ofrece el pasado, a través de sus trazas, para reconstruir cadenas causales. Es cierto que, desde su origen, la labor de los historiadores y la de los abogados se han sostenido sobre sistemas de reglas diferentes. No obstante, algunos períodos históricos nos han permitido apreciar sus relaciones de dependencia. Tras la modernidad y el proceso de secularización, el orden axiológico al que acudir no se encontraba en el otro mundo, sino que era inmanente a la historia. Como resume Koselleck: “La moral de la historia se temporalizó en la historia como proceso […] La renuncia a una justicia compensatoria en el más allá conducía a la temporalización de esa justicia. La historia *hit et nunc* alcanza un carácter ineluctable”[[42]](#footnote-42). Esta sentencia pone sobre los hombros del historiador la tarea de diseñar un relato del pasado del que derivarán culpas y responsabilidades individuales y colectivas. Al fin y al cabo, determinar que de la acción de x derivó y, convierte a x en el agente intencional de un fenómeno que puede estar rodeado de un contenido semántico muy significativo para el colectivo al que se dirige el relato. Así, es posible apreciar la convergencia entre su labor y la del juez. El historiador no sólo explica o representa. También “da cuenta” de los eventos a través de una narrativa que recoge y ofrece pruebas respecto a las intenciones de agentes humanos que desencadenaron aquellos fenómenos. No reconstruye únicamente el curso de los eventos acaecidos, sino también otros cursos de acción hipotéticos que hubieran derivado de otras decisiones o intenciones. Por este motivo, no existe una brecha entre narrar la historia y atribuir culpas. Como sintetiza Charles Maier: “El historiador, como el juez, tiene el deber de construir una narrativa jurisprudencial […] que descansa fundamentalmente en la contextualización para establecer qué constituyó una acción culpable o no culpable”[[43]](#footnote-43).

Consecuentemente, las peculiaridades de nuestra historia del presente han provocado que las relaciones entre el historiador y el juez sean mucho más “agonísticas”, al estar vinculadas a hechos históricos tras los cuales se exige una mirada histórica y un juicio retrospectivo. Al fin y al cabo, resulta ingenuo tratar de alcanzar o presuponer una neutralidad valorativa, cuando el historiador se enfrenta a un fenómeno rodeado de una caracterización jurídica como la de “crimen contra la humanidad”. En este sentido, las relaciones entre ambas son bidireccionales, de influencia recíproca.

En una dirección, describir un hecho histórico como el Holocausto, revelar sus causas, agentes y factores, implica categorizarlo como un “crimen contra la humanidad” de proporciones nunca antes alcanzadas. En la otra dirección, estas reivindicaciones morales y jurídicas, que se ven alimentadas por la información que ofrece el historiador, no dejan de influir en el diseño de sus relatos. Esta mutua influencia no permite aceptar que los hechos sean infinitamente maleables, que el registro histórico permita cualquier interpretación o manipulación. Simplemente constata la influencia de un ámbito en otro. Permite entender la semejanza y los aires de familia entre el historiador y el juez, que constituye una constante en nuestra historia del presente.

De esta forma, como prueba sintomática de la conexión entre los dos ámbitos que trato de entrelazar, será muy significativo acudir a las polémicas derivadas de la, a veces compleja, relación entre dos elementos: el contenido ético que rodea al fenómeno del Holocausto y las pretensiones de imparcialidad de la historiografía.

En el capítulo “Truth and Circunstance”[[44]](#footnote-44) de su obra *Thepracticalpast*, Hayden White se plantea el siguiente problema: ¿a qué se debe el hecho de que si un historiador enuncia la pregunta “¿es verdad que x?” – donde x es cualquier fenómeno histórico – no supone ningún problema, sino que es legítimo en relación a la idea de verdad y rigurosidad de la historiografía, y en cambio formular esa misma pregunta sustituyendo la x por el “Holocausto”, suscita tanto rechazo? En este sentido, se manifiesta una inconmensurabilidad entre el ideal de verdad y de crítica por parte del historiador y la autoridad moral del testigo. Buena prueba de esta inconmensurabilidad se ha revelado en el enjuiciamiento de los historiadores que han redactado obras en las que niegan la existencia del Holocausto. Algo análogo sucede con las acusaciones a historiadores conservadores como Nolte, Stürmer o Hillgruberg por relativizar la responsabilidad de la sociedad alemana ante aquellos crímenes. Pero la cuestión no se reduce a este problema. Cuando un historiador se plantea ¿es verdad que ocurrió el Holocausto?, la cuestión que surge no alude a la relación de este interrogante con la realidad. Al contrario, se planteará ¿qué motivos – ético-políticos – puede tener dicho historiador para cuestionar la facticidad del Holocausto? Es decir, se presupone de partida la intromisión de estas variables en los procesos de escritura de la historia.

El hecho de que desde un contexto social se valore la pregunta “¿es verdad que ocurrió el Holocausto?” como moralmente perniciosa, indica que en ese contexto conversacional, la pregunta no tiene un valor meramente declarativo. No puede responderse a través del binomio sí/no, verdad/falsedad. Al contrario, involucra una pluralidad de elementos que vuelven más complejo y polémico el propio acto de habla que deriva de la actividad historiográfica. Es justamente en relación a este problema donde Hayden White recurre a la teoría de los actos de habla de Austin para realizar un análisis a partir del cual vamos a defender la siguiente tesis: aquel que trata de escribir la historia de nuestro presente y se refiera a eventos traumáticos, que no sólo tienen un valor histórico, sino ético y político, proferirá proposiciones perlocutivas que no sólo describen el mundo, sino que lo transforman. Al fin y al cabo, entran de lleno en los debates públicos acerca del tratamiento respecto aquellas trazas o huellas que han dejado en nuestras sociedades contemporáneas. Es justamente la orientación de esta transformación del mundo la que es evaluada desde estándares éticos o jurídicos. Unos criterios que parten de la constatación del potencial político del relato histórico como modo de legitimación; estableciendo líneas rojas que evitan cuestionar la facticidad de un evento tan sublimado y sacralizado como el del Holocausto.

1. TRAVERSO, Enzo. *La historia como campo de batalla. Interpretar las violencias del siglo XX*, FCE, Buenos Aires, 2011, p. 27. [↑](#footnote-ref-1)
2. MUDROVCIC, Maria Inés, *Historia, memoria y narración*, Akal, Madrid, 2005. [↑](#footnote-ref-2)
3. ALTED, Alicia. “La historia del presente o la cuadratura del círculo”, en DELGADO, J. M. y ANDRÉS CABELLO , S. (cords.): *La Rioja, España, Europa*. Logroño, Instituto de Estudios Riojanos, 2006, pp. 33-43, p. 33. [↑](#footnote-ref-3)
4. HOBSBAWN, Eric. *Theage of extremes*.*1914-1991*, Abacus, London, 1995. [↑](#footnote-ref-4)
5. HOBSBAWM, Eric. *Sobre la historia*, Crítica, Barcelona, 2016, p, 237. [↑](#footnote-ref-5)
6. FUKUYAMA, Francis. *El fin de la historia o el último hombre*, Planeta, Barcelona, 1992. [↑](#footnote-ref-6)
7. PIPPES, Richard. *The Russian Revolution*, Vintage Books, New York, 1991. [↑](#footnote-ref-7)
8. MALIA, Martin. *The Soviet Tragedy: A History of Socialism, 1917-1991*, Free Press, New York, 1973. [↑](#footnote-ref-8)
9. FURET, François. *El pasado de una ilusión: Ensayo sobre la idea comunista en el siglo XX,* FCE, México, 1995. [↑](#footnote-ref-9)
10. TRAVERSO, Enzo. *La historia como campo de batalla. Interpretar las violencias del siglo XX*, FCE, Madrid, 2013, p. 83. [↑](#footnote-ref-10)
11. NOLTE, Ersnt. *La guerra civil europea 1917-1945: Nacionalismo y bolchevismo*, FCE, México, 1996. [↑](#footnote-ref-11)
12. FURET, François, “La relación dialéctica fascismo-comunismo”, en FURET, François; NOLTE, Ersnt. *Fascismo y comunismo*, FCE, México, pp. 57-68, p. 60. [↑](#footnote-ref-12)
13. Ver HAYNES, Mike; WOLFREYS, Jim (eds), *History and Revolution: RefutingRevisionism*, Verso, London – New York, 2007. [↑](#footnote-ref-13)
14. TRAVERSO, Enzo. “Fin de siglo. El siglo XX de Eric Hobsbawn”, en *La historia como campo de batalla*, FCE, Buenos Aires, 2011, pp. 35-70. [↑](#footnote-ref-14)
15. BENSAID, Daniel. “Revolutions: Great and still and silent”, en *History and Revolution: Refuting Revisionism*, Verso, London/New York, 2007 pp 202-216 [↑](#footnote-ref-15)
16. LOSURDO, Domenico. *War and Revolution: Rethinking the Twentieth Century*, Verso, London/New York, 2011. [↑](#footnote-ref-16)
17. BENJAMIN, Walter. *El narrador*, Madrid, Taurus, 1991, p. 3. [↑](#footnote-ref-17)
18. BENJAMIN, Walter. *Calle de dirección única*, Abada editores, Madrid, 2011. [↑](#footnote-ref-18)
19. BENJAMIN, Walter. “Sobre el concepto de historia”, *Obras. Libro I. Vol 2*, pp. 303-322, p. 316. [↑](#footnote-ref-19)
20. Si bien es cierto que el acontecimiento que estimuló las reflexiones del jurista polaco Raphael Lempkin en torno a la noción de “genocidio” fue el asesinato de miles de armenios por el imperio turco durante la Primera Guerra Mundial. [↑](#footnote-ref-20)
21. WHITE, Hayden. “El acontecimiento modernista” en *El texto histórico como artefacto literario*, Paidós, Barcelona, 2003, pp, 217-252, p, 227. [↑](#footnote-ref-21)
22. MATE, Reyes. *Memoria de Auschwitz. Actualidad moral y política*, Trotta, Madrid, 2004. [↑](#footnote-ref-22)
23. BROWNING, Christopher R., “German Memory, Judicial Interrogation, and HistoricalReconstruction: WritingPerpetratorHistoryfromPostwarTestimony” en FRIEDLÄNDER, Saul (ed). *ProbingtheLimits of Representation*, Harvard UniversityPress, Cambridge-London, 1992, pp, 22-36, p. 35. [↑](#footnote-ref-23)
24. YOUNG, E. James. “Between History and Memory. The Uncanny Voices of Historian and Survivor”, en *History & Memory*.Vol 9, n. 1, 1997, pp. 47-58.Mitraducción. [↑](#footnote-ref-24)
25. KELLNER, Hans. *Language and Historical Representation*, The University of Winconsin Press, Madison, 1989. [↑](#footnote-ref-25)
26. LYOTARD, J. F., *La condición postmoderna*, Cátedra, Madrid, 1987. [↑](#footnote-ref-26)
27. KHOURT, Nadim. “Political Reconciliation: With or Without Grand Narratives?”, en *Constellations*, Vol. 00, nº 0, 2016. [↑](#footnote-ref-27)
28. WHITE, Hayden. *El texto histórico como artefacto literario y otros escritos,* Paidós, Barcelona, 2003. [↑](#footnote-ref-28)
29. WHITE, Hayden. “El valor de la narrativa en la representación de la realidad” en *El contenido de la forma. Narrativa, discurso y representación histórica*, Paidós, Barcelona, 1992. [↑](#footnote-ref-29)
30. ANKERSMIT, Frank. “Historiografía y postmodernismo”, *Historia y tropología. Ascenso y caída de la metáfora*, FCE, México, 2004, pp. 315-351, p. 320. [↑](#footnote-ref-30)
31. BAER, Alejandro. *El testimonio audiovisual. Imagen y memoria del Holocausto,* XXI, Madrid, 2005, p, 33. [↑](#footnote-ref-31)
32. WIEVIORKA, Annete. *The era of thewitness*, CornellUniversityPress, Itacha-London, 2006, p, 83.Mi traducción. Edición original: WIEVIORKA, Annete. *L´ére du témoin*, Paris, Pluriel, 2015. [↑](#footnote-ref-32)
33. LÖWY, Michael. *Fire Alarm. Reading Walter Benjamin´s “On the Concept of History”*, Verso, New York, 2005. [↑](#footnote-ref-33)
34. BRAUDEL, Fernand. *El mediterráneo y el mundo mediterráneo en la época de Felipe II*, FCE, Madrid, 2001. [↑](#footnote-ref-34)
35. BLOCH, Marc. *Apología para la Historia o El oficio del historiador*, FCE, México, 2001. [↑](#footnote-ref-35)
36. KRACAUER, Siegfired. *Historia. Las últimas cosas antes de las últimas*, Las Cuarenta, Buenos Aires, 2010, p. 68. [↑](#footnote-ref-36)
37. STEWART, G. R., *Picketts charge. A mycrohistory of the Final Attack at Gettysburg*, July 3, 1863, Hougthon Mifflin, Ohio, 1963. [↑](#footnote-ref-37)
38. GINZBURG, Carlo. “Microhistoria: Dos o tres cosas que sé de ella”, en *Manuscrits*, nº 12, 1994, pp. 13-42 [↑](#footnote-ref-38)
39. LEVI, Giovanni, *Sobre microhistoria*, Buenos Aires, Biblos, 1993. [↑](#footnote-ref-39)
40. GINZBURG, Carlo. *El queso y los gusanos: el cosmos según un molinero del siglo XVI*, Barcelona, Península, 2001. [↑](#footnote-ref-40)
41. GINZBURG, Carlo. “CheckingtheEvidence: Thejudge and theHistorians” en *CriticalInquiry*, No. 18, 1991, p, 14.Mitraducción. [↑](#footnote-ref-41)
42. KOSELLECK, Reinhart. *historia/Historia*, Trotta, Madrid, 201, p. 63. [↑](#footnote-ref-42)
43. MAIER, Charles S. “Overcoming the Past? Narrative and Negotiation, Remembering, and Reparation: Issues at the Interface of History and the Law”, en TORPEY, John (ed). *Politics and the Past*, Rowman& Littlefield Publishers, Oxford, 2003, pp. 295-304, p. 300.Mitraducción. [↑](#footnote-ref-43)
44. WHITE, Hayden. “Truth and Circumstance: What (if Anything) Can Properly Be Said about the Holocaust?” en *The practical past*, Northwestern University, 2014, pp. 25-40. [↑](#footnote-ref-44)